

Evocar la tradición. Reflexiones arquitectónicas a partir de una experiencia latinoamericana

Evoking the Tradition. Architectural Reflections from a Latin American Experience

Severino Dianich · Facoltà Teologica dell'Italia Centrale (Firenze, Italia)

<https://doi.org/10.17979/aarc.2015.4.0.5120>

RESUMEN

Esta comunicación ofrece una contribución acerca del problema de las nuevas iglesias que se van a construir en las barriadas de las megalópolis latinoamericanas, donde llegan numerosas comunidades campesinas que desearían edificar nuevas iglesias, pero con las mismas formas de las que dejaron en sus antiguos pueblos. Aquí está el problema: cómo proyectar nuevas iglesias que sean, en el futuro, coherentes con una ciudad moderna y que, al mismo tiempo, puedan evocar las emociones de las largas tradiciones religiosas de los pueblos, que la pobreza de los indígenas ha obligado a quebrar.

PALABRAS CLAVE

Tradición, Latinoamérica, megaciudades, comunidades indígenas, arquitectura religiosa.

ABSTRACT

This paper provides a contribution on the problem of the new churches to be built in the slums of Latin American megacities, where many rural communities who would like to build new churches come, but with the same forms of those left in their old villages. Here's the problem: how to design new churches that are, in the future, consistent with a modern city and at the same time, to evoke the emotions of the long religious traditions of peoples that indigenous poverty has forced break.

KEYWORDS

Tradition, Latin America, Megacities, Indigenous Communities, Religious Architecture.



Fig. 01. Lima (Perú), 2015.

Cuando se quieren edificar nuevas iglesias, en una época como la nuestra marcada por innumerables cambios, es necesario, también, no separarse radicalmente de la tradición. De esto da testimonio el sentimiento espontáneo de la gente común que, frente a las nuevas iglesias, reacciona frecuentemente diciendo: *¡Esto no es una iglesia!* Una vez le preguntaron a Álvaro Siza acerca de cual sería su inspiración para proyectar una iglesia, y él respondió: Solo deseo que parezca una iglesia. En efecto, no es una cuestión banal que los que pasan por la calle reconozcan inmediatamente que un edificio es una iglesia. Sobre todo para los migrantes, que son y se sienten extranjeros, es vital que puedan identificar la casa de la Iglesia, y si son cristianos, lleguen a reconocerla como su casa.

Recuerdo una emocionante experiencia en Lima, cuando fui invitado a una reunión de la comisión diocesana para la construcción de nuevas iglesias, donde se reflexionaba sobre el problema de las comunidades campesinas que bajan de la sierra y forman las inmensas y desoladas barriadas de la megalópolis. Estas comunidades desean poder reunirse en una comunión de fe, y desearían hacerlo en una iglesia semejante a la que dejaron en sus pueblos. Una aspiración legítima, incluso emocionante, pero que una vez realizada, suscitará problemas irresolubles, si pensamos que dentro de poco sobre esos terrenos surgirán rascacielos (Fig. 01).

Es el caso de la catedral neogótica de San Patricio o de la *Trinity Church*, ambas en Manhattan, construidas con la intención de afirmarse como hitos de la ciudad, y que se encuentran actualmente superadas por la enorme altura de los edificios que las rodean y por las formas arcaicas que presentan en relación a estos. Estos ejemplos bastarían para ilustrarnos sobre lo que no sería razonable plantear.

Sin embargo, es lícito el deseo y la aspiración de los fieles a poder ingresar en una nueva iglesia y vivir las emociones que, desde su infancia, han marcado la experiencia de la fe transmitida por sus padres; que les ha acompañado en sus primeros pasos en la vida litúrgica, el matrimonio, el bautismo de un hijo, los entierros de sus seres queridos. Es cierto que los pastores de las comunidades, los que sufragan los gastos y los arquitectos, tienen que proyectar iglesias para el futuro de la fe y no para que los fieles se encierren en la nostalgia del pasado. Pero no tienen derecho a despreciar las emociones visuales, táctiles y espaciales de los fieles, que están profundamente entrelazadas con toda una historia de vida personal. Así pues, es necesario tener siempre presente lo erróneo que resulta dejar de lado los sentimientos de la fe, como si éstos se pudieran vivir en una isla separada del mundo y de su continua evolución. Cuando esto sucede, la fe corre el riesgo de transformarse en una tradición muerta, insignificante para la



Fig. 02. Pierre-Marie-Alphonse Favier, Xishiku Church/Cathedral of St. Saviour, Pekín (China), 1890.

Fig. 03. Frank Hammoutène, Notre-Dame-de-la-Pentecôte, La Défense-Paris (Francia), 1998/2001.

Fig. 04. Heinz Tesar, Christus, Hoffnung der Welt (Cristo, esperanza del mundo), Donau City (Austria), 1999/2000.

Fig. 05. Enrique de la Mora y Palomar, La Purísima, Monterrey (México), 1941/43.

vida del individuo y de la sociedad. Y en esto consiste el difícil problema —tal vez dramático pero indispensable— del paso de una experiencia religiosa tradicional a una nueva, vivida también en el sentido espacial y visual.

En la reciente historia de la Iglesia, la cultura católica conservadora y reaccionaria del siglo XIX, al apoyar la moda de la arquitectura historicista, provocó la fractura entre los movimientos artísticos contemporáneos y los ambientes eclesiásticos, ocasionando un grave daño para el camino de la fe y un extrañamiento cada vez más grande de la experiencia cristiana respecto al contexto cultural contemporáneo. Podríamos hablar también de las reacciones provocadas por la frecuente transposición de los modelos históricos europeos neorrománicos y neogóticos a otros continentes. Reacciones que a veces llegaron a ser de carácter violento, ya que, de hecho, se percibía una alianza entre las actividades misioneras y las potencias coloniales.

Un caso significativo fue la catedral del Santísimo Salvador de Pekín —copia en miniatura de las catedrales de París u Orvieto, por ejemplo—, que durante la revolución de los *bóxer*, en el mes de agosto de 1900, provocó sangrientas batallas (Fig. 02). Sin embargo, el efecto de la arquitectura historicista en todo el mundo fue el de una verdadera interrupción de la tradición (entendida como la relación estrecha entre la vivencia de la fe y las expresiones artísticas de la cultura contemporánea en cada época de la historia) que, si se bloquea, muere. Así, regenerar la tradición en formas nuevas es una importante tarea de nuestro tiempo, de modo que produzcan, con un lenguaje nuevo y totalmente contemporáneo, las mismas emociones y sentimientos que siempre produjo nuestra fe milenaria.

No obstante, el problema de la memoria histórica y de la continuación de las experiencias emocionales de los fieles no se debe generalizar. Sería útil distinguir el caso de los centros de muchas ciudades modernas y las *Edge Cities* de las capitales financieras del mundo, que se caracterizan por tener edificios de vanguardia arquitectónica, y donde se precisa construir iglesias con formas totalmente originales, como sucede por ejemplo con la Défense de París o en Donau City de Viena (Fig. 03-04). Diferente es la situación de las comunidades que se desplazan de sus regiones de origen hacia las anónimas barriadas de las ciudades, donde continúan viviendo unidas y conservando su propia identidad; en

estos casos el problema es mucho más difícil, ya que se trata de dirigir la mirada al futuro de una urbanización que no concederá ningún espacio a las nostalgias del pasado, y al mismo tiempo, compartir las expectativas del pueblo.

En América Latina existen, sin duda, interesantes ejemplos de una arquitectura eclesial que mantuvo un vivo sentido de la sensibilidad popular. Recordamos los casos de Oscar Niemeyer en Pampulha, Brasil (1940/43) con sus azulejos en la fachada, o el de Eladio Dieste en Atlántida, Uruguay (1952/60), con su uso del ladrillo tradicional, como también el caso de Enrique de la Mora en la Purísima de Monterrey, México (1941/43) (Fig. 05). La arquitectura modernista de iglesias del inicio del siglo pasado, en general, no quiso olvidar la tradición y se quedó estrechamente conectada con la sensibilidad popular: las formas románicas, góticas, barrocas, asumían una nueva vida, sin violentar los sentimientos comunes.

Sin embargo, su método no se corresponde ya con los problemas actuales. Un formidable ejemplo es la nueva catedral construida en el centro de Houston, lleno de rascacielos, que reproduce, en una dimensión más grande, la catedral precedente, enajenándose así totalmente del contexto. Previendo el desarrollo urbanístico futuro, para salvaguardar una conexión de las formas con la tradición, no resulta útil la modernización de las formas tradicionales, sino la creación de formas nuevas que puedan insertarse coherentemente en el contexto y, al mismo tiempo, suscitar en los fieles los sentimientos religiosos que les son habituales.

Es en este sentido en el que yo he querido hablar de la necesidad de evocar la tradición. Evocar no tiene nada que ver con copiar, reproducir, ni tampoco con modernizar lo antiguo. La copia mortifica el original, despojándolo de sus coherentes dimensiones y de su contexto, creando así algo extraño a su tiempo y al nuestro, que obliga a los fieles a trasladarse, para rezar, a una atmósfera irreal, a un pasado que ya no existe. Evocar no es lo mismo que recordar explícitamente, ni provocar la memoria de lo que se ha visto, tocado u oído antes. Las emociones no actúan a través de la razón, por medio de una confrontación consciente, sino que permiten sintonizar con el objeto, percibir un espacio como propiamente suyo, como su propia y habitual habitación en la que se vive familiarmente y bien. No se trata de ofrecer citas del pasado, pues no se resuelve el



Fig. 06. Santiago Calatrava, iglesia ortodoxa griega San Nicolás, Nueva York (EEUU), 2014/17.
Fig. 07-09. Álvaro Siza Vieira, Santa María, Marco de Canaveses (Portugal), 1994/96.





Fig. 10. Concentración de campesinos indígenas en Lima, 2012.

problema de hacer reconocible una iglesia colocando una cruz en la fachada. Lo que necesita el arquitecto es una sentida participación en la experiencia religiosa del pueblo, de modo que él pueda, con su obra, despertar emociones y sentimientos tales, que el fiel, observando un edificio y ingresando allí, perciba que sigue volviendo a su casa de siempre, no a una región extranjera.

Un extraordinario desafío es el que afronta actualmente Santiago Calatrava en *Ground Zero* en Manhattan, donde está construyendo una iglesia ortodoxa, pequeña en comparación con los edificios que la rodean (Fig. 06). La comunidad ortodoxa le impuso unos rígidos imperativos canónicos, procedentes de la tradición oriental: una planta central y una cúpula, todo con dimensiones obligatorias. Calatrava ha previsto la utilización del mármol del pentélico que, reduciendo el espesor de cada laja, permite singulares transparencias, de modo que, gracias a un sistema de iluminación de bombillas led, el edificio aparezca como una pequeña joya para el sur de Manhattan, tanto de día como de noche. El desafío está en el total respeto simultáneo de los cánones de la tradición y de una armónica inserción en el contexto.

Pero a mi parecer, una de las más interesantes soluciones del problema es la iglesia de Álvaro Siza.

La nueva iglesia parroquial de Marco de Canaveses se coloca en el paisaje con sus lisas paredes blancas, pero con una fachada que sobresale evocando las torres de la tradición barroca y colonial, y dejando en el centro un limitado espacio con una puerta increíblemente estrecha, de diez metros de alto y solo tres de ancho que, a quien ingresa, le transmite la sensación de entrar en un espacio trascendente. (Fig. 07) El exterior de la parte trasera evoca los ábsides tradicionales con dos curvaturas invertidas que, al interior, dan al muro del fondo la movilidad típica del barroco (Fig. 08-09). Para la decoración del baptisterio y de la parte baja de los muros se utilizan azulejos. Nada se concede al tradicionalismo, pero la aspiración del arquitecto de que su iglesia parezca una iglesia está perfectamente lograda.

Como conclusión, quisiera citar al periodista del *Financial Times* londinense, Edwin Heathcote. Es interesante que sea una persona con un alto nivel de competencia, pero representativo de la opinión pública, quien nos recuerde que grandes arquitectos de iglesias del siglo pasado, como Schwarz o Zumthor, se mantuvieron siempre fuera de las modas y buscaron remover la conciencia de la gente, en vez de aparecer en las brillantes páginas de las revistas. Y lamenta que hoy, muchos arquitectos desearían, por lo menos una vez en su vida, construir una iglesia. Y añade irónicamente: dejando para la historia una capilla de peregrinación en veneración a sí mismos —como sucede en Ronchamp con Le Corbusier— o con la esperanza de imponerse en la ciudad con un monumento que pueda rivalizar con el supermercado vecino.

Yo no creo que, para trabajar eficazmente para la Iglesia, sea indispensable que un arquitecto comparta totalmente la fe católica. Pero sólo tendrá éxito construyendo una nueva iglesia si, colocándola con sus nuevas formas en el tejido urbano —y esto vale especialmente para las megalópolis latinoamericanas—, logre que todos perciban que en la ciudad se hizo presente la Iglesia, una comunidad viva que, junto con ellos, experimenta la misma suerte terrena del mundo (Concilio Vaticano II) y se ofrece como el testimonio de la fe cristiana y como el lugar del encuentro con lo Eterno (Fig. 10).

PROCEDENCIA DE LAS ILUSTRACIONES

Archivo Severino Dianich.